

POR LOS VIEJOS CAMINOS



DESDE Illescas, la ruta es polvorienta, zigzagueando entre olivares y campos de pan llevar. Cruzamos por un paso a nivel la vía férrea y ya más tranquila nuestra cabalgadura reacia al principio — endereza la marcha hacia Saliente.

Terrones pardos ostentan los barbechos, nuevos brotes nacen en las viñas y las espigas de los cebadales comienzan a ahilarse.

El camino es ciertamente desastroso, ocupado de baches por doquier, pero a mi jameigo no le permito aminorar la velocidad de un galope tendido.

En medio de la ruta, después de la masa compacta de los olivares, dominando las llanadas extensas de unos prados, se apiña el pueblecito de Yeles, con un caprichoso parecido a los nacimientos de Navidad. Tiene su iglesia parroquial de estilo mudéjar con reminiscencias de romanicismo, y en uno de los flancos vese una lápida conmemorativa tallada en granito, de donde solo pude colegir que es del reinado de Felipe IV.

Las mujeres lavan en el pilón de construcción reciente; un zagalejo apacienta ganado entre las margaritas y barbajas de la pradera. Huele a tahona en actividad.

Salvo la oquedad de un arroyo seco, sin puente alguno, repaso otra vía del ferrocarril — esta es la de Madrid a Badajoz —, y entre una garganta de poca consideración, me oculto del caserío.

Al llegar a un repecho, el camino se bifurca ¿Cuál seguir?

Un pueblo se ve a lo lejos y al parecer ninguna de las dos direcciones a él conducen. El recuerdo del caballero de la Triste Figura acude a mi mente, aquí él hubiera encomendado la solución a la iniciativa de su cabalgadura.

Seguí la izquierda, y apenas avancé cincuenta pasos cuando entré por las puertas del capricho el deseo de volver las riendas y seguir por el derecho lado, como al momento hice.

Bajo los artefactos de una compañía que industrializa el material de aquellas canteiras, sin respeto para el clasicismo ni para la evocación, di vistas al noble lugar, rincón sagreño de tanta hidalguía. El corazón me bailó de alborozo dentro del pecho.

Forcé el ánimo del caballejo que me soportaba, porque la impaciencia crecía con el deseo de husmear tanto rincón donde las generaciones pasadas despiertan.

Ya cerca, mientras una ermita avanzada daba un punto de sombra a la llanura agostada, voltearon las campanas el toque de mediodía como prólogo de la olla cotidiana, diciéndole al gañán: *reposa y yanta*. ¿Por qué este predominio del ambiente religioso en la vida de Castilla?

Aún a lo lejos se columbraban las torres de la iglesia y del santuario de Illescas... todavía no había entrado en Esquivias y ya me cobijaba la sombra de una ermita y como saludo primo, desde el pueblo, venía el son de los bronceos parroquiales...

Es la herencia de las generaciones pasadas que amamantaron aventureros y contemplativos y la cruz llevaron sobre los rudos sayales o en las tajantes espadas... A veces vamos de viaje, el tren, fantástico, hiende las llanuras esteparias y como visión de ultratumba en el manto frígido de la adusta Castilla, entre nieve, surge el espectro de una ermita, dentro cabrillea el fulgor de una lámpara mortecina.

Ellos tintaron en sangre los aceros y desgastaron las cuentas del rosario a fuerza de repasarlas... los hombres emigraban, había muchas leguas sin hombres y muchos hombres sin pan...

Bardas de corral es lo primero que se ofrece al viajero a la entrada de este pueblo de Esquivias. Atravésé varias calles hasta llegar a la espaciosa plazoleta que en un repecho tiene el atrio del templo, cerrado con verja de hierro y sobre la puerta interior, en un azulejo, se lee:

IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCIÓN, EN ESTA IGLESIA SE CASÓ EL INMORTAL MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA EL AÑO 1584

El cura, hombre entrado ya en años, se ofrece gustoso a enseñarnos el archivo y la iglesia.

Bajo las tres naves en que esta se divide — de las cuales la central es casi el doble que cada una de las laterales con columnas de orden dórico — vemos un San Francisco y un Cristo del estilo de Montañés.

Pasamos a la sacristía donde está el archivo parroquial. En un relicario se venera el cuerpo de San Máximo, trasladado allí por supresión del convento de San Francisco.

Entre los rancios y empolvados librotos buscamos las actas matrimoniales, y en uno con el forro de pellejo, en el folio primero, leemos:

«Libro de Difuntos desde 1.578 a 1.607 ambos inclusive. En este libro se halla al folio 95 vuelto la partida de Matrimonio de Miguel Cervantes».

Hojeamos; por entre las páginas ahueadas del mamotreto pasan en fantástica danza los trazos caligráficos de tinta desvaída.

He aquí:

«En doce de Diciembre el Reverendo Señor Juan Palacios, Tiniente, desposó a los Señores Miguel de Cervantes Vecino de Madrid y Doña Catalina de Palacios Vecina de Esquivias. Testigos Rodrigo Megia, Diego Escribano y F. Marcos.— Doctor Escribano.»

Ante la página evocadora se abstraen nuestra mente comparando, lo trivial que para algunos significó este acto y el aprecio supremo que para nosotros hoy tienen esas líneas.

Enseñonos también el buen párroco una carta de Santa Teresa que allí se conserva.

Volviendo por donde habíamos llegado hasta la iglesia y bajando la escalinata de piedra sombreada por los árboles, desde donde un día fueron vitoreados Catalina y Miguel — pues debió ser boda de rumbo, ya que aquella llevó 182 297 maravedís en calidad de dote — y por donde bajarían ufanos, del brazo él de aquella su prima a quien llevaba diez y nueve años, enamorada ella del galán apuesto que «había visto mucho mundo» y «hacía versos en la Corte», tropezamos con una fuente donde se lee el apellido ilustre de los Ugena, como los Salazar, los Palacios, los Vargas.

En la calle de la Caridad está el Hospital de Quijada, chamizo, mísera parodia de lugar de renovación física, fundación quijectivesca, realizada por los fantásticos desvarios de la imaginación.

Acábase la calle y torciendo a la derecha, en la parte del pueblo que mira hacia Poniente, allí por donde entramos trayendo dirección de Illescas, damos con la casa venerable, sagrado recinto, monasterio de clasicismo y fuente de evocación donde moró el ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra, espejo y prez de la literatura española caballería.

Es este el solar nobiliario de los Palacios, donde afincó Hernando de Salazar, hidalgo toledano, padre de la mujer de Cervantes.

Un escudo escaqueado campea en la esquina. La puerta está ferrada con gruesos clavos de rosetón y pesados goznes de abrazadera, tras de ella se abre el patio-

jardín con su pozo y zaguán, la entrada del portal está a la izquierda y pared por medio la espaciosa cocina con su amplia chimenea de campana. Dos poyos de piedra corren a lo largo de los muros; una ventana enrejada da luz a la estancia que fué nido de amores en aquella luna de Navidad, de mieles aquel año de 1584, para los dos recién casados.

¡Cómo arrullaría Miguel el oído de la desposada con aquel donaire que tuvo siempre en sus decires! ¡Cómo la encendería en amor, mientras en la calle sonaba el estrépito de las zambombas, los rabeles y las panderetas conque los zagales hacían méritos para el aginaldo! Creo que para mí sería una emoción muy profunda pasar una Nochebuena en esta casa.

Subiendo la espaciosa escalera, hemos visto una panoplia siglo XIX, en el piso superior un neceser estilo Luis XV, totalmente barroco, y en la habitación del manco inmortal, un tintero de Talavera, un tomo de Polincus interpretando el Quijote, un arcón de chapado herraje, un barqueño con molduras del gusto de Herrera y por las paredes varios cuadros.

Todos ellos son trastos inútiles: vacía la habitación, me hablaría más al alma y menos a los sentidos. La ventana que mira sobre la calle y el paisaje, parece una enorme jaula. Contigua a esta cámara está otra más angosta que debió ser sitio del tálamo nupcial.

¡Intimidad! ¡Capítulos del Quijote; luz vacilante de un velón que agiganta las sombras sobre el muro; un hombre de perfil aguileño arrastra la péñola nerviosamente sobre el papel; fuera, tinieblas, ulula el viento por las calles y chapotea el agua que cae desde los tejados; dentro, en el departamento contiguo, la respiración acompañada de una mujer joven...!

Nos hemos aventurado por las calles que el hidalgo holló; sólo los píos de las golondrinas turbaban el silencio.

Por los viejos caminos de la Patria, la ruta polvorienta nos vuelve a Illescas a través de la Sagra; ¡allí te quedas Esquivias, con tus nobles solares y tu dulce evocación!

Inocente GARCÍA Y CARRILLO.

Illescas, marzo 1927.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital. 1 pta. mes

Provincia. 7 » semestre.